

“MADAME”

CUENTO N° 157

TITULO: UNA CARTA DESDE LA CUARENTENA

SEUDÓNIMO: MADAME

AUTORA: XIMENA DEL CARMEN GUIRALDES CAMERATI

Una carta desde la cuarentena.

Raro todo lo que se está viviendo por estos lados Eduardo, como sacado del Decamerón en el relato de la peste negra; dos historias separadas por siglos, pero tan vigentes y similares. Cuesta creerlo. Estoy en este momento desvelada, escuchando Lohengrin y pensando en tí. Me decido finalmente a escribirte y comentarlo contigo: después de tanto tiempo y de tantas ganas.

Nunca habríamos imaginado, que en pleno siglo 21 seríamos protagonistas de esta verdadera película de ciencia ficción digna de Spielberg, de las que llenan cines de matinée y producen verdaderos fenómenos de masas en sus estrenos; ésas, que por supuesto a ninguno de los dos nos habría entusiasmado, porque ni con toda nuestra imaginación y humor negro, ni con la creatividad más desatada de un escritor, nos convencerían de que algo así podría llegar a suceder en el mundo: ese mundo que dábamos por hecho: pero nos equivocamos. Sin embargo, como te conozco, estarás aventurando certeramente cómo va a cambiar el orden establecido después de este impacto brutal en la vida de las personas: porque donde sea que te encuentres, seguirás siendo un maestro de la psiquis humana. Pero déjame comentarte desde el principio cómo me encontró este escenario irreal que nos dejó mirando al sudeste, parafraseando la película, que por alguna razón se me vino a la mente.

Fue la noche de año nuevo cuando me enteré de esa epidemia desconocida que se había desatado en China -nadie sabía muy bien cómo se había originado- y que desde aquí se veía tan lejana como la gran muralla, pero que repentinamente empezó a extenderse por el mundo a una velocidad vertiginosa, hasta que se convirtió en imparable y un día nos encontramos con el primer chileno contagiado y con nuestro inefable rigor chilensis, prácticamente a ciegas y entre asustados, incrédulos y shockeados, nos fuimos a *cuarentena*. *Cuarentena que junto con pandemia, esas palabras que parecen sacadas de la edad media ya nos acompañan por bastante tiempo.*

Eduardo, ni siquiera en nuestras más densas y locas conversaciones político / filosóficas, aventurando un futuro distópico de pseudo felicidad, sobre la base de un maravilloso consumismo de bienes desechables, que ya no habría dónde desechar, habría estado este guión en nuestras conversaciones. Ni cuando cayeron las Torres Gemelas con mis vaticinios sobre el “Imperio”, porque el humor nunca nos abandonaba y te dije que los gringos, no contentos con llevarse nuestras riquezas ahora nos quitarían hasta las efemérides y que el 11 de septiembre ahora les pertenecería, pero nos quedaba la tranquilidad de que no sufriríamos ningún atentado de aviones a ninguna torre, porque las torres más altas de Santiago en ese entonces eran las de Carlos Antúnez, que ya eran un atentado en sí mismas. (Me parece que esto lo había leído en el Clinic, pero por supuesto nunca te lo confesé).

“MADAME”

Te diré que esto de la cuarentena ha sido un verdadero reto y un desafío salvaje para poder olvidarnos de vivir como antes. Pienso que para tí, metido en tus libros y en tu música y que te cargaba salir, no lo habrías pasado mal: excepto que yo habría tenido que prestarte termómetro, convidarte paracetamoles, hacer tus pedidos por internet, porque de internet no entendías nada, pero habrías cocinado como los dioses y por supuesto yo habría burlado el confinamiento y bajado los 4 pisos que me separaban de tu departamento: me harías una reverencia al abrir la puerta con el consabido “adelante madame” y tendrías puesta la mesa con la loza inglesa de tu mamá, que guardabas en el mueble del comedor: ése en el que ella armaba su altar y hacía sus liturgias cuando venía a Santiago, “el carrito de la señora Carmen” lo bauticé, y que apenas ella salía por la puerta de vuelta a Viña, tú guardabas santos, biblias y todo rastro religioso. Por supuesto que tendrías el mejor vino del mercado y después del café con cardamomo, el departamento se llenaría de música, Lohengrin, obviamente y me harías escuchar varias veces la obertura y yo tendría la irreverencia de decir que encontraba denso a Wagner y que prefería escuchar Madame Butterfly porque los italianos tienen esa fibra más sensible e intensa que los alemanes y tú me soltarías una de esas miradas indescriptibles y preferirías dejar el tema hasta ahí y yo haría esfuerzos para no reírme fuerte. Después te explayarías con verdaderas clases magistrales de análisis psicológicos sobre los personajes políticos -obviamente con el correspondiente humor negro- mientras dejabas la pipa en cualquier parte hasta que empezaba a salir olor a tela chamuscada.

“MADAME”

Eduardo, te diré que este encierro con todos sus bemoles, sustos y desconciertos, no ha sido malo para mí: re-encontrarme con el tiempo y el silencio ha sido maravilloso y descubrir que no tengo la obligación de ser productiva ha sido una revelación absolutamente inesperada: he tenido todo el tiempo del mundo para escuchar la música que amo, para pensar y recordar, pero por sobre todo, para escribir. Tú que siempre me dijiste que lo hiciera, siempre me ganó el pudor de mostrar lo mío. En eso, nunca te has equivocado: a pesar de todo soy una tímida que no ejerce.

De internet no te voy a contar nada, o casi nada. No me entenderías lo que significa, especialmente en estas circunstancias. Te diré que es más que pasar el rato para entretenerse con juegos en línea y chats para adolescentes como decías. Los tiempos han cambiado y cuando la verdad noticiosa depende de quien paga y hay información de la que uno se quiere arrancar, las redes sociales son algo especial. En ellas la opinión se volvió democrática y todos pesamos lo mismo al momento de expresarnos. No siempre cuenta que seas importante, ni ministra, “influencer” o poeta laureado. Y aunque te rías, tengo al mismísimo Obama de seguidor (nunca supe qué hice para merecerlo). Pero en realidad lo que vale en esto es que somos millones quienes estamos en el mismo carro, con los mismos miedos e incertidumbres y pareciera que el temor se diluye cuando se comparte entre tantos. A pesar de todos los pesares, hay muchos que no hemos perdido el sentido del humor y de

repente te sorprendes riéndote fuerte de alguna ironía genial y si eliges con cuidado a los seguidores, se forma como una gran cofradía en la que podemos encontrarnos en el pensamiento, acompañarnos y sobre todo, compartir como en la vida real, pero en tiempos de Covid.

Bueno mi querido amigo del alma, ahora me voy a dormir. Supongo que es muy tarde, pero como del cambio de hora ninguno de mis aparatos se enteró; el reloj que no uso ya no sé dónde está y el de la cocina, que por falta de pilas marca cualquier hora, da lo mismo. Porque para eso sirven los relojes en cuarentena: para nada.

Un abrazo mi querido Eduardo y hasta que volvamos a encontrarnos: yo vacunada, tú no. Allá, donde están los elegidos no necesitan vacunas.

“MADAME”